

## **LA LEYENDA DEL CHURRUCHAO**

**Sacada de la Revista Cultural "O QUINCE", del Ayuntamiento de Beariz  
2004.**

**Está escrita por Don Xesús Antonio Gulías Lamas.**

**“Y traducida al castellano por Nero”**

Las largas noches de invierno llenaban las Chimeneas de misterio mientras las llamas de los carrascos ardían con avaricia desenfrenada y dibujaban en las paredes, horripilantes brujas de crímenes horrendos que llevaban consigo el enigma de un pecado inconfesable y con la pena de excomuni3n, que sólo el Papa sería capaz de perdonar.

Cientos de historias, de cortos dichos, corrieron de boca en boca haciéndose eco de la tragedia de don Suero, que tiñó de sangre, una mañana temprano, las plazas y las calles y hasta la mismísima catedral de Compostela.

Con el comienzo del día llegaban los primeros peregrinos al Obradoiro, rompiendo el silencio con pasos cansados sobre las losas, que aun dormían contemplando cómo el cielo de Santiago iba cambiando de tonalidad a medida que pasaba el tiempo.

A través de una ventana del pazo arzobispal se podía percibir una tenue luz que iluminaba con serenidad las habitaciones de don Suero López de Toledo, que esa mañana tenía una cita que le concertara el día anterior su deán, Don Pedro Álvarez, ni más ni menos que con el mismísimo D. Fernán Pérez de Deza Churruchao.

La magia del misterio en la calle iba envolviendo la historia mientras seguía ardiendo el fuego, y los viandantes se calentaban, escuchando con toda la atención concentrada en el interviniente, para añadir algún que otro detalle que pudiera pasar por alto o que no fuera bien especificado.

El Churruchao aguardó al Arzobispo dentro de la Catedral. Allí permaneció toda la noche meditando lo que tenía que hacer cuando el mitrado pasara la puerta central del Pórtico de la Gloria. Toda la corte celestial sería testigo de cómo el Churruchao le clavaba la daga que llevaba sujeta á la cincha que le ajustaba la ropa al cuerpo.

Al recibir las primeras puñaladas, la sangre del Arzobispo salía a borbotones por la garganta y por el pecho tiñendo de rojo el suelo, entre las paredes y las columnas que sostenían las figuras del maestro Mateo, soltando gritos desesperados porque sentía que la muerte cabalgaba a galope hacia él tocando el tambor con sus cascos de hielo, queriéndole arrebatat la vida que con ardor frenético el mitrado trataba de abrazar contra su pecho.

Don Suero quería tapar todas las fuentes por donde se le escapaba la sangre, pero el Churruchao colérico y lleno de furia abría con más golpes, nuevos manantiales que hacían imposible que el prelado se pudiera mantener en pié.

Con los brazos abiertos, como queriendo detener toda aquella barbarie, el deán D. Pedro pedía clemencia a gritos, tentando en vano interponerse entre el Arzobispo y el Churruchao, cuando por entre las columnas del Pórtico, apareció la regia figura de D. Alonso Gómez Galiñato rodando con la espada desenvainada, al espeso aire de la catedral.

A trompicones y con la vista anublada, el Arzobispo fue buscando refugio en la columna central, al pié del Apóstol Santiago, que más compasivo que nunca, parecía que le quería dar la ultima bendición, antes de que, con las piernas

tambaleantes, cayera de bruces debajo del arco central, justamente al pié del Santo de los Croques, donde los peregrinos le pedían luz al Apóstol, para que los iluminara por el camino de vuelta.

El deán fue siguiendo con la vista la caída de don Suero y vió como se estremecía aquel cuerpo convulsionado por el mortífero espadazo cuando la espada de Alonso Gómez Galiñato le atravesó el corazón por la espalda, y se desplomó de bruces con los brazos en cruz como un Cristo desecho, casi al lado del Arzobispo. Al tiempo que iba cayendo, el Galiñato retiró la espada y dos ríos de sangre empezaron a correr por las oscuras losas del piso catedralicio, mientras se erguía una leve nube gris, que se desvanecía, al tiempo que se enfriaba.

Los dos cuerpos tendidos sobre el suelo, tragaban apuradamente sus propios suspiros al tiempo que se juntaba la sangre del prelado y la del deán para teñir de tragedia aquel día aciago de un 29 de junio del año de gracia de 1371, debajo del Pórtico de la Gloria de la catedral compostelana.

Empezaron a sonar como por un milagro en todas las esquinas de Compostela los cantares del ciego.

De las zanfonas salían notas tristes, mientras los lazarillos pasaban las monteras por delante de los peregrinos poniendo ojos de humo y de miseria para moverle los corazones, la misericordia y la compasión.

El Churruchao salió camino del sur tragando leguas, a caballo desbocado.

Llevaba el alma herida y la conciencia, en la garganta, le hacía un nudo seco y duro que no le dejaba tragar siquiera la saliva.

La *Berenguela* tocó siete días seguidos a difunto.

Mientras Don Fernán, hacía rodeos por los linderos del tiempo para ver si desorientaba la conciencia, que le batía en el alma con más resonancia que los mismos sonidos de las campanas. Cuando llegó a Cacheiras, como empujado por el viento, cogió el camino de Lestedo y atravesó el Ulla por el puente de los paragüeros. Le llamaban así, porque era el camino que venía de Valladolid y que pasaba por Ourense y era el que llevaba a Santiago los afiladores, que tirando de un burro y empujando las tarazanas iban reparando todos los utensilios cortantes por cuantos pueblos se le aparecían por delante.

Las tierras del Trasdeza rebordaban de verdor aquel día de fiesta de San Pedro.

El paso desesperado del caballo del Churruchao espantaba a ovejas y cabras que pacían tranquilamente en las amplias llanuras por donde se le abría el camino en su desesperada huída. En Chapa había un pequeño puente sobre el río Toxa, muy estrecho, y todo él de pizarra, con piso de chapacuña, que el caballo de don Fernán casi no tocó con sus cascos cuando lo atravesó. De reojo, le pasó la vista a los muros derrumbados del castillo y la fortaleza y sintió aquel odio de siempre, como si un montón de perros lo devorara por dentro.

Por la subida que hay hasta Negreiros el animal fue al paso. El cuerpo del Churruchao se balanceaba al ritmo cadencioso que marcaban las pisadas sonoras de su caballo, que sabía aquel camino tan bien, que podía ir con los ojos cerrados sin peligro de perderse. Cogió de nuevo el trote, al despedir desde lejos el monasterio de Santiago de Breixa, que sesteaba aquella tarde a la sombra de un inmenso y pulido robledal que había en sus alrededores.

Las benedictinas del cenobio, ajenas a los problemas del mundo, rezaban tranquilas en el coro, que en aquel tiempo estaba entre ambos lados del arco de triunfo de la iglesia, y vigilado por todas las figuras que adornaban sus impresionantes capiteles, todos ellos, llenos de imágenes mitológicas, aunque sobre todo los Sagitarios, parecía que peleaban por salir de aquel lugar de paz y

echarse a andar desesperadamente y sin rumbo, por los caminos del mundo.

La bajada que hay hasta Ansemil es muy suave, tan suave que si no fuera corriendo a lo loco por llegar, el Churruchao podría escuchar los cantos entonados de las mujeres y la música de las pandereteras que llenaban de alegría y contento, el terreno que había delante de la iglesia basilical.

Gente de todos los pueblos de los alrededores vinieran a celebrar aquel día a Ansemil el San Pedro. Estaban allí los de Santa María de Abades, los de San Mamede de Castro al completo, los de la parroquia de Breixa, y los de Santa Olaia de Silleda; los de San Salvador de Escuadro y los de San Martiño de Dornelas. Hasta viniera un grupo de mozos de Lalín y otro de San Xoán de Palmou; los de Santa Olaia de Losón, y no faltaron, porque nunca faltaban, los de San Martiño de Fiestra, que eran los mejores bailarines y los primeros en saltar al terreno, pues eran los que tenían más trazas para sacar los puntos, y los fueron siguiendo después los otros mozos y mozas.

Por los caminos iban y venían mujeres con vestidos de día santo, con lazos de colores en la cabeza y flores olorosas, metidas en el cruce de las prendas y de las blusas. Los hombres con sombreros de pana y calzas negras de pierna completa, limpias y bien estiradas.

El paso loco del caballo del Churruchao, dejaba tras de sí, largos y oscuros nubarrones de polvo. La gente se apartaba asustada para dejarle sitio en su carrera. Cuando entran en el terreno, los mozos y las mozas pararon de bailar y el jinete, con el rostro desencajado y encendido como una llama, apretaba el freno del animal tirando con tanta furia por las riendas, que le hizo dar unas cuantas vueltas en redondo, al tiempo que el caballo erguía la cabeza con brío, relinchaba y bufaba como un desesperado, mientras le corría incesantemente un sudor por todo el cuerpo. Aún el caballo no se había detenido del todo y ya el Churruchao soltara los pies de los estribos, y tan pronto como se puso en tierra, lo primero que hizo fue entregarle el ramo a uno de los mozos que estaba delante del, quien llevó al animal jadeando hasta el palo de la picota, que estaba en la cima del terreno y aún se podían apreciar en él las manchas de sangre del último ajusticiado: un blasfemo y renegado, que lo ejecutaran unos días antes de San Pedro Ala. El mozo le dió una lazada al caballo para que no se moviera del sitio.

En la parte meridional de la explanada de la iglesia los tenderos y los arrieros que vinieran a la fiesta a ofrecer sus mercancías ya tenían sus cabalgaduras colocadas y preparadas para marcharse. Hablaban unos con otros y se preguntaban en qué fiesta o feria volverían a verse de nuevo. Luego se despedían con tanta largueza y tristeza de corazón como si nunca más se fuesen a ver en la vida.

— Bueno, hasta San Benito de *Pardesoa*.

Y si no nos vemos en éste que sea para San Salvador de *Xirazga*.

- O para la *Madalena de Soutelo*.

- A ver si hay suerte y tenemos algo que vender, dijo el más viejo del grupo, con un acento de experiencia que la vida le fuera dando, y otro de cierta resignación, al mismo tiempo.

- Si Dios nos da vida, nos veremos en Santiago de *Viascón*.

- ¡A mi me queda muy lejos!, dijo otro de los del grupo, al tiempo que le pasaba las manos por los costados al caballo.

- Pues aún me queda más a mi, Santa Marta do Burgo, y tengo que ir allí, si Dios quiere, pues le hice una ofrenda a la *santita*, sentenció lleno de razón un joven regordete y atrevido.

- ¡Pues que lo quiera!, y que nos veamos todos, después en San Lorenzo

de *Carboeiro*, sentenció un arriero.

- ¡Eso sí, y luego en Santa María de *Beariz*!. - ¡Y desde allí volvemos a pedir de nuevo!.

- ¡Tienes razón!

- ¡Bueno, la cosa es que sigamos con vida!. - ¡Amén!, dijeron todos a una voz.

Después de este rosario de despedidas con buenas intenciones, y con los mejores deseos para todos, cada uno, guiado por su instinto, cogió el camino de vuelta.

Donde se habían puesto las pulperas y los asadores de carne, las brasas estaban ya apagándose, y un humo casi imperceptible, ascendía suavemente hacia el cielo. Solo el olor de comida y una especie de sofoco delataba todo cuanto pasara allí, después de la misa mayor. Cortando el aire varias veces y con brazo levantado por todo lo alto, como si fuese el mismo César que regresaba de las galias, victorioso, el Churruchao saludó a la gente que estaba en el terreno. Al reconocerlo empezaron a vitorearlo, como si todo el mundo intuyera que venía de hacer una hazaña, aunque en realidad acababa de cometer un crimen horrendo.

Con la mano derecha colocó la daga, que llevaba enfundada y amarrada a la cintura, bajo las escaleras con aquel donaire de postín que le daban al cuerpo los churruchaos.

En vez de dirigirse a la iglesia basilical, se encaminó con paso marcial hacia la capilla de los Deza.

Cuando estaba atravesando el dintel que sostiene toda aquella arquitectura, la Virgen de la Leche parece que sintió un sobresalto, asomó la cabeza sobre el pedestal con la tristeza de una madre dolorida. Don Fernán, con la prisa que llevaba ni siquiera se dió cuenta de aquel detalle piadoso, ni tampoco se acordó de saludar a la Madre de Dios, aquella a quien sus antepasados pusieran de abogada y protectora del condado que él en ese momento sustentaba.

Al entrar en la capilla fue en dirección a una tumba, en cuya placa se podía leer: «ERA M. CCCLXX HIC IACET DIEGO GOMEZ DE DEBA», se puso frente a ella y le hizo una reverencia.

Detrás de él entraron los mozos en pelotón y se colocaron a su alrededor. Churruchao, sacando la daga de su funda, la puso primero sobre su frente con la punta erguida hacia el techo, luego la cogió con las dos manos y la besó, como si fuese una reliquia.

Acto seguido, la puso despacio sobre la tumba de Don Diego, mientras en tono majestuoso manifestó:

- Hoy se hizo justicia en Compostela.

Los jóvenes respondieron todos a una: ¡Amén!.

Quedara vengado aquel día la afrenta que años antes, el arzobispo D. Beltrán de Landoira le hiciera al Adelantado Mayor de Castilla, D. Alonso Suárez de Deza, y a diez representantes del Ayuntamiento compostelano, así como a sus acompañantes, a los que el prelado tenía citados en el castillo de la Rocha, en Padrón. Allí los soldados del arzobispo los mataron a todos a traición y con alevosía, por mandato del mismísimo mitrado.

Fue un día muy triste para la casa de los Deza.

No contento con eso, Landoiro, que no recibía todos los beneficios que el quisiera de los Deza, sitió el castillo de Chapa, y arrasó hasta los cimientos la fortaleza de Ledesma, la de Ferveda, y la de los *Galegos*.

Don Diego, que era señor de *Galegos*, estaba preparado para recibir el ataque de las fuerzas del prelado compostelano, pero cuando vió que los soldados del arzobispo estaban colocando enfrente de su patio, el tumba castillos, que era un dispositivo que en aquella época le llamaban el “gato”, Don Diego cogió tanto miedo al verlo frente a su casa, que se fue a entregar al arzobispo. Éste le perdonó la vida; pero desde ese día, el de Deza puso en las manos del prelado su persona, su fortaleza y todos sus bienes. Aquella mañana, del baluarte de *Galegos*, no quedó piedra sobre piedra, era el 19 de octubre de 1320.

Mientras, al otro lado de la sierra del Candán se celebraba la feria de Beariz y se hacía, a medida que transcurría la mañana, la mayor transacción de ventas de castañas y ganado en muchos años.

- ¡Promete ser un invierno de hartura.

- ¡Bendito sea Dios!, respondía la gente después de recibir las rentas y ver que tenían para pagalas y aún les sobraba algo para comprar un mantón de pana fina para la joven casadera, y una montera para el joven de la casa.

El Churruchao se arrodilló delante de la tumba de su tío, con la cabeza metida entre sus manos, permaneciendo allí un largo rato sin moverse.

Las notas melódicas de los cantos parece que recorrían todas las esquinas de la basílica para desvanecerse armoniosamente en la paz de las piedras y columnas que sustentaban toda aquella arquitectura. La furia que le royera las entrañas hasta aquel día parecía que se estaba transformando en un arrepentimiento, propio solamente de los hombres que tienen un corazón inconmensurable.

Cuando el coro de frailes acabó los cantos, don Fernán se levanta y, haciéndole de nuevo otra respetuosa reverencia al difunto que allí reposaba, cogió por la puerta lateral, camino de la basílica.

Un hormiguero de frailes se movían por toda la iglesia, y al reconocerlo, lo saludaban con leves movimientos de cabeza. El Churruchao, con paso firme y decidido, se dirigió hacia la sacristía en busca del prior. El *abad* se estaba despojando de las vestiduras del oficio, y al verlo le extiende su mano, respondiéndole el conde cogiéndosela y besando su anillo.

En aquel momento el rostro de Churruchao estaba encendido y desfigurado por el cansancio.

- ¡Eminencia!.

- ¡Señor conde!, dijo el prior mientras acababa de colocar las vestiduras de los oficios en el cajón de la sacristía, me coge por los pelos.

- Hoy tuve un día muy especial.

- Se le nota en la cara.

- No me diga (el conde sentía por dentro como le ardía el cuerpo).

- Pero si está usted hecho una brasa.

- Llevo aquí dentro, dijo el Churruchao como si se quisiera abrazar a si mismo, un fuego que me abrasa el pecho, y un sofoco que me hace hervir la sangre como si fuera el crisol de un horno de fundición.

- ¡Paz, señor conde! ¡Mucha paz! Eso es lo que usted necesita, decía el prior recalcando con parsimonia solemne cada sílaba de las palabras que pronunciaba.

- Eso es lo que yo quiero, Eminencia, quiero paz y sosiego interior porque ¡yo soy un creyente! ¡Soy un creyente!, exclamó de nuevo el Churruchao, a punto de desmayarse delante del *abad*.

Llegó usted al mejor sitio. Los hombres que buscan la paz vienen a los monasterios y a las basílicas como ésta.

- Ciertamente, y por eso vine.

El conde tuvo unos instantes de duda y prosiguió:

- ¡Me quiero confesar, Eminencia!
- Pues vamos allá.

El prior empujó levemente al Churruchao por el hombro como queriendo guiarlo hacia el confesionario que estaba a mano derecha, justo a la salida de la sacristía.

Se hiciera en la basílica un silencio profundo. Los jóvenes que acompañaran al Conde hasta la capilla de los Deza salieran para fuera y aguardaban con paciencia en el atrio, dando vueltas alrededor de nada.

En el momento que se sentó el prior en el confesionario, el conde se quitó la daga que llevaba colgada en el cinto y la colocó sobre una silla del coro. Luego se arrodilló delante del confesor con la cabeza un poco inclinada sobre el pecho y los ojos medio cerrados, como señal de arrepentimiento.

- Ave María Purísima.

- Sin pecado concebida.

Don Fernán no dudó un instante. Tenía ganas de abrirle el corazón al fraile, y le dijo con decisión:

- Eminencia, esta mañana cometí un pecado.
- Usted dirá.

- Es un pecado muy grande: ¡Maté a un hombre!

El confesor ni se inmutó. Reaccionó con serenidad, como si todos los penitentes que se confesaban con el le contaran cosas semejantes. -

¿Quién fue la víctima? le preguntó.

- ¡¿Y quién iba ser!? exclamó el conde, haciendo de su asombro una pregunta.

Hubo un pequeño silencio y don Fernán prosiguió:

- ¡El Arzobispo!

- ¡Vaya por Dios!, se lamentó para sus adentros el prior. Respiró hondo y luego le preguntó:

- ¿Usted llevaba tiempo pensando esto, o fue en una pelea, aunque para el caso que nos incumbe, viene siendo lo mismo?

El Churruchao se empezó a justificar:

- Pero Eminencia, el Arzobispo Landoira mató a mi padre a traición, y al séquito que llevaba consigo, en el castillo de la Rocha. Después atacó nuestras tierras, destruyó nuestras fortalezas e intentó por todos los medios que tenía a su alcance, arruinarlos. Y este, no contento con todo lo que nos había hecho su antecesor, raptó a mi hermana! ¡No se podía soportar más afrentas! ¡Era una cuestión de honor, la que tenía con la raza de los Deza!

- Sí, a los ojos del mundo podría parecer bien; pero nadie está autorizado para tomar la justicia por su mano, y usted sabía que D. Suero López de Toledo era el Arzobispo de Compostela. Y por este motivo, no era un hombre cualquiera. Era un ungido de Dios y formaba parte del colegio apostólico, era un sucesor de los apóstoles, y por eso este crimen en sí mismo, lleva consigo, ipso facto, la pena de la excomunión.

- ¡La excomunión!

- Sí, señor conde, está usted excomulgado, dijo con profunda tristeza y a

punto de saltarle las lágrimas de los ojos, por la pena que le producía al prior esta tragedia.

El Churruchao, al oír de la boca del confesor estas palabras, sintió que se le venía encima toda la iglesia de Ansemil.

Aquel momento fue como si las tres naves, con sus tres firmes arcos y sus tres ábsides rectangulares que tenía aquella basílica, y que había sido en otro tiempo recinto sagrado de un convento de monjas ,doblara sobre si misma. Sintió como si las pilastras cuadrangulares que sostenían toda aquella arquitectura, no pudieran soportar el peso que tenían encima y partirían por el ápice, haciendo una enorme catástrofe. Y también allá, en el fondo de la iglesia, la doble moldura arquitectónica y semicircular de la portada que descansaba en un par de columnas que remataban en unos capiteles laboriosamente trabajados: uno con decoraciones vegetales, otro con leones peleando y enfrentados entre sí, el siguiente, que tenía un hombre sentado, mirando para un libro abierto, y el último, que parecía el más llamativo, con dos hombres desnudos como si quisiesen recordar la historia de San Denis y sus compañeros. Pero en ese momento aquella visión le rememoró al conde - al tiempo que todo le parecía que se hacía ceniza y destrucción - que aquellos dos hombres desnudos eran el mismísimo Arzobispo y el Deán, en el momento de presentarse delante del Juez de vivos y muertos. ¡Y el allí, soportando todo aquel mundo de piedra, que lo sepultaba al lado de todos los Deza que le habían precedido!

Un sudor frío le recorrió todo el cuerpo. El que era un hombre de fe y sumamente preocupado por la salvación, quedara excomulgado por matar al raptor de su hermana y por pretender lavar con sangre la última afrenta que los arzobispos compostelanos le habían hecho a los herederos de los Deza.

- Como un hijo arrepentido le pido perdón a Dios, y usted deme la absolución y no me abandone en este momento.

En la voz y en las palabras del Churruchao se percibía la pena y la tristeza que lo embargaba.

- Líbreme Dios de abandonar a un hijo.

El confesor hizo un gran esfuerzo para no herir los sentimientos del conde, y sobre todo para darse a entender; porque eso era para el la mayor dificultad que tenía para que el penitente se convenciera en su totalidad de todo lo que sucediera aquella mañana en Compostela. Y prosiguió:

- Mire hijo, como le dije antes, las leyes de la iglesia recogidas en el derecho canónico son las que rigen los comportamientos de los hombres frente a Dios y frente a los mismos hombres, que el crió á su imagen y semejanza, y dicen que va impuesta la pena de excomuni3n a todo hombre o mujer que asesine a un obispo, y que el perd3n de este delito quedase reservado únicamente al Papa. Por eso no le puedo dar yo la absoluci3n.

- ¿Entonces sólo el Papa me puede perdonar este pecado?

- En efecto, solo el Papa tiene esa potestad.

- ¿Y tiene que ser él personalmente?.

- Como norma general, si; aunque en caso de fuerza mayor, puede lograr el perd3n transmitiéndole el arrepentimiento a su confesor y este finalmente al Papa.

A Churruchao esto le pareció que sería muy retardado, y le angustiaba la idea de morir en pecado y perder su alma eternamente, por lo que le preguntó:

- ¿Entonces usted podría interceder por mi y pedirle al Papa que me levantara la excomuni3n.

- Claro que si, dijo el prior. Pero yo posiblemente no vuelva más a Roma.

Estuve allí hace años con motivo de la visita, "ad liminam", al tiempo que fui presentar al Santo Padre los permisos necesarios para realizar las últimas reformas en el monasterio de San Lorenzo. Son cosas que suceden una vez en la vida.

El conde escuchaba todo esto con resignación y angustia y sentía que se le cerraban todas las puertas del mundo que llevaban a la salvación.

¿A quién podría recurrir, si él ya no estaba para realizar una romería a la tumba de San Pedro y pedirle al Sumo Pontífice que le levantara la excomunión?. Además, consideraba injusto que la iglesia favoreciera a sus prelados, y estos por crímenes semejantes no sufrieran ningún castigo, a lo sumo, una amonestación por parte de un nuncio o de algún personaje poderoso que se atreviese a enfrentarse al arzobispo.

Con el mundo a la espalda, se levanta el Churruchao del confesionario, y recogiendo la daga que dejara apartada a su lado, la colocó en su cinto mientras bajaba por la iglesia. Sus piernas se cruzaban como si la basílica estuviera completamente derruida y fuera tropezando en todas las piedras del mundo. Al atravesar el pórtico, los rayos del sol que se iba acostando suavemente, le daba en la mismísima frente y le cegaba los ojos cargados de tristeza. Echó la montera a la cabeza y subió con parsimonia la escalinata del atrio.

Su caballo, que ya comiera, bebiera y descansara, soltó al verlo, un relincho de felicidad. En ese instante el Churruchao, se dió cuenta, allá en lo más hondo de su ser, que en el mundo aún había alguien que lo comprendía, y se alegraba de su presencia, aunque estuviera en pecado mortal y tuviera un pie en el infierno y otro en Ansemil.

Cuando llegó a la explanada los jóvenes le hicieron un corredor hasta el camino. Allí se despidió de ellos uno por uno. Sólo hacía falta mirarle a la cara para darse cuenta de que algo muy grave le estaba pasando a D. Fernán. Uno de los jóvenes lo acompañó hasta donde estaba el caballo, y cuando lo desató del palo de la picota le entregó el ramo al conde, al tiempo que le sujetaba el animal por la cabeza para que no se le moviese y así no tuviese dificultad para montar. Fue un detalle de cortesía que el Churruchao agradeció haciéndole un saludo con la mano, mientras tocaba suavemente el asa al revés de la montera.

Una vez arriba, haciendo alarde de sus dotes de jinete, le dió unas cuantas vueltas al caballo en redondo sin moverse del sitio y después salió disparado como una flecha dirigiendo el caballo con la mano izquierda, mientras que con el brazo derecho en alto le fue ofreciendo a los jóvenes un poco de aquella exquisita elegancia que demostraban siempre los Churruchaos. Su silueta se hacía cada vez más pequeña a medida que se alejaba por la inmensa llanura Dezana, camino de occidente, donde el sol aquel atardecer se desangraba encima de las nubes que estaban puestas en las altas cumbres del Candán.

Las jóvenes y las mujeres que tocaran los panderos y las panderetas antes de que llegara el conde, ya hacía tiempo que se fueran para sus casas. Los jóvenes, en silencio, después de trasladarse Churruchao, tomaron cada uno su camino, todos con las cabezas bajas y las almas hechas un lío.

D. Fernán cogió el viejo camino de los carboneros, que después de atravesar Silleda por la mitad, pasaba al lado de la iglesia de *San Fiz de Fiestra*, en la misma hora en que el ganado regresaba de manera pausada y parsimoniosa para el lugar, después de pacer toda la tarde en los verdes campos del valle.

Pasó el puente del río *Toxa*, que hacía poco que lo arreglaran los canteros de *Millerada*, dándole esta vez bastante altura para que cuando hubiera los



deseos del murallón norte del Candán, las crecidas pasaran con más facilidad hacia el Deza.

Siguiendo en su camino, dejó un poco más arriba, a la derecha la iglesia de Santa María de Grava, que en aquel momento estaban dando las campanadas del toque del ángelus vespertino, que era cuando se levantaban de los telares las tejedoras, y sus encrucijadas salían camino de sus casas para descansar. Se oían por el lugar gritos de los jóvenes que aguardaban a las mozas para acompañarlas hasta sus casas, pues era la costumbre que había para los cortejos de la juventud casadera.

El camino era cada vez más empinado y el caballo del conde marchaba al paso.

La noche estaba caliente y apacible. Desde allí se oían a lo lejos y con solemnidad los sonidos de las campanas de San Salvador de Escuadro, dando la sensación de que toda la llanura quería empezar a descansar después de aquel día santo.

Se fue internando el de Deza en la espesura de la robleda de las Regadas que bajaba desde los picos más altos de las cumbres del Candán hasta las tranquilas orillas de la llanura, como si fueran nubes de follaje llenas de frescura y de verdor. Se escuchaba a lo lejos los cantos doloridos de una lechuza y de vez en cuando aparecía por algún claro del ramaje, allá al fondo del cielo, el movimiento de la luna, siempre en contra de los andares del caballo. Después, la espesura del follaje hacía de nuevo la noche cada vez más majestuosa.

Cuando volvió a aparecer un claro sobre el camino el Churruchao detuvo el caballo y se quedó mirando para las profundidades del cielo. Le pareció desde allí inmenso y grandioso, pero sobre todo lejano. En aquel momento estaban cerradas todas las puertas que llevaban a aquel lugar, en el que estaban Dios y sus santos, mirando para el mundo desde lo alto. Espoleó el caballo suavemente y éste cogió de nuevo la andadura.

Cuando llegó al puente de Andén dejó al lado derecho los batanes que tenían en el río los vecinos de Pereira, que traían desde allí las pieles y cueros para batearlos, y un poco más adelante, pero a la izquierda, el molino de Laxa, que con el monótono movimiento de sus dos muelas que se movían de par en par, pero una a la inversa de la otra. El Churruchao sintió en el rostro la frescura del agua y se dejó reconfortar por el ambiente que lo envolvía.

El camino en dirección a *Acibeiro* empezaba a llanear. Antes de llegar a *La Portela* había un colmenar cercado por un murallón invadido de musgo y de hiedras que subían por encima de él, y junto a la pared estaban unos cuantos asientos que le servían de descanso a los molineros y a los carboneros cuando pasaban por allí, camino de sus trabajos. En medio de aquel silencio de la noche, acompañado sólo por la música de los cascos del caballo, se empezó a oír a lo lejos el cantar de un ciego que entonaba una copla con la tristeza serena de los que sólo pueden ver con los ojos de la conciencia:

Por los caminos del viento va al trote un caballero,  
lleva el alma empecatada por culpa de su acero.

Los soldados de Don Pedro campean por la Quintana  
mientras los pendones flamean por toda la llanura

*Dezana*. Murió don Suero, murió, lo mató el Churruchao;

Al pie del santo de los Croques, quedó tumbado en el suelo.....

Las notas desafinadas de la zanfona rompían la noche en mil jirones y se perdían en la inmensidad de la espesa robleda, que hacía la noche más negra y

más tupida que los pecados del demonio.

Cuando llegó don Fernán a la explanada que hay delante del monasterio, estaban varios grupos de hombres, y por lo tan juntos que andaban y con la cautela que ponían en sus conversaciones, parecía que hablaban de algo muy misterioso y trascendente.

- Pues a mi me dijeron que la joven D<sup>a</sup> Aldanza no quiso salir del pazo arzobispal, dijo uno.

- Eso es lo que yo pensaba, respondió otro.

Uno de los que estaban en el corrillo bajó un poco más la voz como queriendo que no se enterase nadie:

- Todo el mundo dice que fue ella la que se fugó con el Arzobispo.

- ¡Para fiarse de las mujeres!, sentenció otro de una forma convincente.

- Entonces ¿por que decían que la raptara?

Mirad, habló el que parecía más viejo del grupo, a mi me contó *Sadurniño de Leiro*, al cual lo conocéis bien, y que no es mentiroso, que un día, cuando le llevó el suministro de vino de misa para la catedral, vió a la joven doña Aldanza al lado del Arzobispo atravesando los corredores del pazo, camino de las estancias, toda contenta y satisfecha. Y más tarde, cuando hizo la descarga en las bodegas, fue ella la que le contabilizó la mercancía que llevaba.

- ¿Y probó el vino?, - preguntó otro con cierta sonrisa-

- ¡Probó! y le dió su aprobación.

- Luego, la moza D<sup>a</sup> Aldanza no estaba allí a disgusto, según parece, no, respondió éste con satisfacción-

- Mirad, D. Suero, por muy arzobispo que fuera, era un hombre como nosotros, y tenía... las mismas necesidades que todo el mundo, vosotros ya me entendéis ¿sí o no?... Y la joven doña Aldanza, desde que murió su marido, no le hizo caso a ninguno de los pretendientes que llamaron a su puerta.

- ¡Eso sí es cierto! -sentenció otro-

- Pues sí. Le cerró la puerta al conde de Salvaterra.

- Y a don Pedro de Sarmiento.

- Y también al señor de la casa de Miravales.

- ¡También!

Cada uno de los presentes sabía de todos y de cada uno de los que pretendieran la mano de la Churruchao sin conseguirlo, y prosiguieron hablando:

- Bueno, al Sarmiento aunque no le hiciera caso no era ningún milagro.

- En eso tienes razón -afirmó otro. Vale menos que las promesas del ciego de Ribadavia.

Se oyó una sonora risotada que batió limpiamente en las paredes del monasterio y después en las de la iglesia, y su eco dió varias vueltas hasta perderse en la espesura del norte.

- ¡Sí. Ese promete en el verano, al que le de una buena propina, que no le va caer una helada en la viña!

Y se echaron de nuevo todos a reír.

- ¡Claro, que la gente no se da cuenta de que él promete que no habrá heladas; pero en el verano!

- ¡Ahí es donde está la agudeza del hombre!

- ¡Agudo es poco! Él es un vividor y un engañabobos, por eso no dice nada de las heladas en primavera, que son las que queman los brotes de las cepas.

- ¡Llamarle burro al belén!

El Churruchao dió unas cuantas vueltas alrededor de los grupos sin que nadie lo reconociera ni se diera de cuenta siquiera de que andaba buscando lo que ya era la noticia más sonada desde el Sar hasta el Avia, y desde el Pico Sacro hasta las altas curvas de la sierra del Suido.

Espero pacientemente a que abrieran la puerta de la basílica para la hora del canto de los maitines. Había la costumbre de que mucha gente llegara a escuchar los primeros rezos del día, porque una de las penitencias que imponían los confesores a los arrepentidos era que asistieran una o varias veces, dependiendo de la gravedad de los pecados, a estas celebraciones.

Después de un largo tiempo que corría sin prisa, en aquella profundidad inmensa de la noche de *Acibeiro*, se oyó primero cómo un fraile desde dentro, sacaba la tranca de la puerta de la basílica, y después las bisagras fueron rugiendo pausadamente, con una enorme pesadez, a medida que éstas giraban sobre los goznes, hasta que se abrieron de par en par las dos hojas de madera de roble. Cuando se hizo de nuevo el silencio, sonaron limpiamente y con solemnidad las tres campanadas de rigor, que anunciaban desde la explanada el comienzo de los rezos.

D. Fernán, envuelto en su capa de caballero, bajó las escaleras que daban acceso a la iglesia con el rostro casi completamente tapado, buscó acomodo en el fondo de la nave sur, al pie de una columna que no tenía el cirio de aceite encendida. En aquella oscuridad podía confundirse con la negrura y así pasar desapercibido, que era lo que más le apetecía: estar allí, como un pobre penitente que va a cumplir, por obligación, su castigo.

Cuando remataron los oficios y se retiraron los frailes para descansar, salieron de la basílica los penitentes y devotos.

El pequeño llano de *Acibeiro* era en aquel momento un leve susurro de las aguas del Lérez que le daban al alma una paz increíble.

El padre portero fue apresuradamente a cerrar las puertas de la iglesia y éstas, al girar sobre las bisagras, hicieron el mismo ruido; pero ahora en sentido inverso, como se quisieran completar la sinfonía de los hierros oxidados. A medida que subía por la nave central, fue apagando todas las lámparas. Sólo dejó viva la de aceite del Santísimo, que lanzaba sus destellos suavemente, como si fuera un pequeño faro sobre la puerta dorada del sagrario.

Había pasado más de un año en que doña Aldonza Fernández Churruchao, la hija de don Fernán, le hiciera al monasterio de *Acibeiro* la manda de las tierras que tenía en la parroquia de *San Lourenzo de Ouzande*.

El conde salió del lugar en el que estuviera durante toda la función y entró casi escondido en la sacristía. Abrió, por casualidad, el cajón de los legajos y lo primero que encontró fue la escritura que firmara su hija delante de don Fernán López, el escribano de Caldas de Reis.

El Churruchao, después de leer el documento a la luz del cirio que ardía encima del dintel de la puerta que daba acceso al claustro de las procesiones, al que algunos llamaban también de los caballeros, quedó reparando en la firma del escribano. Eran unos trazos firmes y llenos de florituras. Las letras mayúsculas estaban ataviadas por los lados como una filigrana con pequeños arcos apuntados, todos iguales, como si los hiciera con una plantilla semejante a las que usaban los maestros canteros para hacer las marcas en sus piedras.

Después de besarla, la dobló de nuevo como estaba y la metió otra vez en el cajón de los legajos. Y guiado casi únicamente por el instinto, se encaminó hacia la tumba de su hija y de su nieto, que estaban al lado por expreso deseo de D<sup>a</sup> Aldonza, que pidiera en el testamento que la sepultaran en la capilla de D. Álvaro, al lado de su hijo, Don Ruy Soares Fernández.

Allí reposaban aquella noche todos sus muertos más queridos. Puesto de rodillas, le rogaba a Dios por ellos, aunque viviera en aquel momento excomulgado. Estaba seguro de que sus difuntos y Dios eran los únicos que lo entendían.

Resonaba en los oídos del conde un silencio tan profundo que parecía que colgaba de las piedras de la basílica monacal de *Acibeiro*.

Cuando las campanas tocaron a misa despertó el conde, que quedara dormido de rodillas apoyado en el sarcófago de doña Aldonza. Aquella postura incómoda le había entumecido todo el cuerpo. Cuando entraron los frailes, cada uno fue ocupando su asiento en el coro y detrás de ellos lo hizo don Álvaro, vestido de penitente, el cual ocupó una silla que le pusieron para la ocasión en medio del pasillo principal.

Durante el tiempo que duró el oficio, el Galiñato permaneció impasible como si fuera una estatua de palo revestido con la capa de penitente. Don Fernán al verlo sintió un enorme alivio, allá en lo más profundo de su interior. Sabía que D. Álvaro estaba perdonando su alma en el camino de la salvación, y sin querer pensó para sus adentros: “¡no es lo mismo matar a un deán, que dejar a un arzobispo con más agujeros que una criba vieja!”. Y aquel pensamiento malévolo, al final, parecía producirle cierta satisfacción.

Los demás penitentes y devotos fueron tomando asiento en los bancos de la basílica y él también se acomodó en el que estaba a su lado. Al sentarse, sintió como todo el cuerpo le descansaba de la tensión acumulada en el día anterior.

Empezaron a sonar las melodías de los salmos. La música parecía que ascendía suavemente por las columnas y después daba vueltas y más vueltas por los capiteles. Las frases se contorneaban entre sí antes de evadirse y de esfumarse por entre los arcos del falso triforio, que contemplaban desde lo alto cómo aquellas melodías tomaban cuerpo, para hacerse plegarias de fe capaces de llegar al séptimo cielo, donde las Potestades, en una simbiosis de transparencia y de misterio, se las presentaban al Dios Altísimo, entre humos de incienso y de alabanzas.

A la gente foránea le entraba el sueño.

El más viejo de todos, que seguía con atención lo que se iba diciendo, se incorporó, y apoyándose en el bastón que tenía en la mano, con el que de vez en cuando le servía para atizarle al fuego, dijo con voz carrasposa: “¡mañana seguimos con la historia!”.

Todos los presentes aceptaron de buen grado el veredicto. Fuera, a la luz de la luna, dolían los ojos al mirar para ella.

- Está helando, dijo alguien.  
- Deja que hiele.  
- Nosotros llevamos el mejor remedio para la helada, dijo el Corrucho.  
- ¡Esta bota de vino! Exclamó el nieto, levantándola como un trofeo en medio de la explanada que se abría delante de la casa de la ruada.

Los dos caballos que estaban amarrados en una pendiente que había enfrente relincharon juntos cuando sintieron la presencia de sus amos.

Desamarraron a los animales y el nieto le ayudó al abuelo a montar sujetándole el ramo con una mano y manteniendo firme el estribo con la otra.

El nieto, como si no le pesaran las carnes, se puso de un brinco encima de su caballo. Cuando estuvo encima pensó en D. Fernán, pero por no recibir una reprimenda del viejo le dió al caballo unas cantas vueltas en redondo con tanta cadencia y delicadeza que sintió que ambos, el viejo y el caballo, se lo agradecerían.

El Corrucho llevó la mano hacia el ala del sombrero de pana negro que le cubría la cabeza y gesticuló en el aire un saludo con los dedos hacia a la gente:

- ¡Hasta mañana!

- ¡Hasta mañana! respondieron todos a una.

Camino de San Domingos la cuesta era empinada.

Los dos caballeros - O Corrucho y el nieto - llevaban las cabalgaduras al paso. Tenían cita en **Presqueiras**, en la ruada de la noche siguiente.

Xesús Antonio Gulías Lamas

Primero clasificado en el concurso literario de 2003